

Ediciones
DE ERAN

Javier Más

PROYECTO THULE

El origen de la realidad oculta



Javier Más



© Copyright

Del Texto:

Solvenpas S.L

Diseño de portada:

David Sánchez

Diseño de Edición:

Eva Valero

De la presente edición:

Jose Antonio Zamora de Francisco *De la fotografía de la portada:* Imagen femenina: Juan Rodrigo: <http://juanrodrigo.com/#portfolio-moda> Imagen masculina: Diego de Rando: <http://www.diegoderando.com/>

Edita:

Ediciones Defran

www.editorialdefran.com www.proyectothule.com

ISBN: 978-84-944864-1-8 Depósito Legal: CS504-2015

Modelos:

Francesca Vegas

<https://www.facebook.com/francescavegas.officialpage/?fref=ts> <https://twitter.com/FrancescaVegas>

https://www.instagram.com/angelinajolie_francescavegas/

Diego de Rando

<https://www.facebook.com/diegoderando/?fref=ts>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Descubrir la fuerza del primer círculo no es un proceso corto. Pero una vez conquistado, nada lo puede derribar. A mis hijos

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL VUE-
LO..... 25

SEGUNDA PARTE

NARANJAS

..... 109

TERCERA PARTE

ACE-

CHO.....

137

CUARTA PARTE

OVOIDES

..... 201

QUINTA PARTE

EMIGRA-

CIÓN..... 263

SEXTA PARTE

RETIRO

..... 367

1945

30 de abril

Era el final del que tanto habían intentado escapar. La ciencia les había ofrecido una oportunidad para seguir con vida y la ciencia estaba a punto de quitársela. Ahora, todo a su alrededor se desmoronaba sin que ya nada pudieran hacer.

El viento provocado por los rotores auxiliares, situados en la explanada, había tumbado la torre de suministro e iniciado una reacción en cadena. Árboles y postes de la luz caían al suelo mientras pequeñas explosiones eléctricas se sucedían una tras otra dentro del área de seguridad. Cuando el fuego comenzó a devorar la improvisada construcción de madera situada en el extremo derecho de la zona de despegue, una sonora detonación sumió a todo el pasaje en el miedo y la confusión. Había estallado el generador modular que abastecía los hangares y pequeños trozos metálicos de la turbina principal alcanzaron la proa de cubierta.

El capitán mandó llamar en ese momento a las asustadas azafatas. Sin perder un segundo, les ordenó suministrar a los pasajeros, uno a uno, los tapones de cera orgánica preparados el día anterior en la sala modular A de investigación anatómica. Se los colocaron en los oídos con rapidez, con miedo, con la extraña sensación de realizar un acto inútil ante lo que acontecía en el exterior. Después, apoyaron la cabeza en el hueco moldeado de la parte alta del respaldo, agarraron con firmeza los reposabrazos de sus asientos y esperaron angustiados. Les habían rescatado de un Berlín en llamas, del hundimiento definitivo del Régimen Nazi, de las bombas, los tanques y las balas rusas, para trasladarlos hasta la fría y nevada Noruega con promesas de salvación. Ahora creían que iban a quedar para siempre sepultados en

el interior de aquel inmenso artefacto aeronáutico. Iba a ser su ataúd de acero. El destino de todo el conocimiento nazi, quedaría enterrado bajo las montañas de un irrelevante y diminuto pueblo llamado Heimdal.

Tras las detonaciones, comenzó el ensordecedor zumbido. Los tapones de cera amortiguaban el ruido pero no eran capaces de evitar la intensa micro vibración corporal. Primero fue la piel más exterior la que percibió la anomalía. Después, los músculos y órganos vitales los que empezaron a sentir aquel extraño e invisible ataque. Por último, fueron sus huesos los que parecían desencajarse del resto. Era una horrible sensación física que se transformó en pánico colectivo. A medida que la intensidad iba en aumento, comenzaron también los movimientos espasmódicos de brazos y piernas. Algunos rezaban en voz alta, en alemán, en un claro desprecio hacia los mensajes anticlericales con los que el Partido había bombardeado durante años a la población. La muerte estaba tan cerca, que la política no tenía ya ningún sentido para ellos.

El fuerte y contundente golpe en la parte izquierda del fuselaje de la cabina confirmó los peores temores. La metralla de un vehículo que no fue retirado de la zona de despegue había alcanzado el acristalamiento exterior junto al asiento del principal pasajero. La mayoría giró la cabeza hacia el lugar del impacto asustados por las consecuencias, pero él cerró los ojos. De nuevo, creía sentir tan de cerca la muerte que decidió vivirla ajeno a lo que iba a ocurrir.

Había llegado a Heimal hacía sólo unas horas en su inconfundible Mercedes 770 K negro, escoltado por otros cuatro vehículos y precedido por motoristas del ejército Norteamericano. Junto a él iba sentada su mujer. Magnífica, con la dignidad de una gran dama berlinesa, silenciosa, siempre fiel a su verdadero y único amor. Al llegar al final del trayec-

to, él alzó la mirada, cabizbaja durante toda la jornada, para descubrir el lugar al que le habían llevado los americanos. Apenas podía distinguir lo que tenía ante sí, deslumbrado por el reflejo intenso del sol nórdico que golpeaba sobre el fuselaje de la aeronave circular. Era enorme. Se diría que a duras penas cabía en el ancho del estadio olímpico de Berlín. Tenía forma de plato invertido del que sobresalía en el centro una voluminosa y acristalada media esfera. En el lateral, una estructura metálica de escaleras conducía hasta la puerta de reducidas dimensiones por la que se entraba a la nave.

Cuando el conductor abrió la puerta, él salió del vehículo. Se quedó de pie, con las manos en los bolsillos del abrigo. Observaba lo que se abría esplendoroso ante sus ojos. Tenía el rostro blanquecino, ojeroso, envejecido. Aunque lo intentaba, no pudo disimular el característico temblor de su mano derecha que el implacable proceso de Parkinson había generado el último verano. Estaba sorprendido. Por primera vez desde hacía meses, algo que era ajeno a la guerra, lograba captar su atención. Esa curiosidad inicial, sin que supiera por qué, fue transformándose poco a poco en temor contenido. De forma instintiva, movió su cabeza buscando a Eva, que salía en ese momento del Mercedes. Quería asegurarse de que estaba bien, que nada le había ocurrido. El conductor la acompañó con educación y solemnidad hasta donde él se encontraba. Ella lo cogió del brazo, con fuerza, sin quitar la mirada del artefacto, y susurró algunas palabras a su amado.

— Es tu destino y el mío. Debemos asumirlo con la mayor de las dignidades, tanto si es para bien como si es para mal. No importa si nos han engañado, ya formamos parte de la Historia.

Hacía cuatro años que Himmler, el fiel y extremista Lugarteniente del Führer, había presentado el Proyecto Thule. Na-

die creía en él, pero le dejaron jugar para debilitar su poder dentro del Partido y del Gobierno alemán. Himmler les devolvió su confianza como sólo él sabía hacer: con grandes dosis de mitología germánica. Eligió el pequeño pueblecito noruego de Heimdal, cuyo nombre evocaba al guardián de Asgard, morada de los dioses germanos. Estableció la teoría de que la Atlántida estaba escondida en esa región nórdica y se dispuso a desarrollar una tecnología capaz de salvar al pueblo ario y a su líder ante una eventual y catastrófica derrota, superando a la legendaria civilización. Thule, la isla de la mitología griega situada en las fronteras del mundo conocido, iba a dar nombre a su proyecto más grande y audaz.

De repente, el intenso y vibrante ruido se detuvo. Abrió los ojos al notar una extraña sensación de mareo. Cogió con fuerza la medalla con la rosa de ocho pétalos que llevaba en el bolsillo de su americana y comenzó a tocarla con los dedos. Había sido un regalo de su Ama de Llaves y jamás se desprendía de ella. Le tranquilizaba, le daba seguridad, le infundía esperanza. Estaba aferrado a ella como una tabla de salvación. Pero esta vez pensó que ni siquiera esa Rosa de Olaf iba a poder evitar el fatal desenlace. Un sentimiento cercano al del resto de compatriotas alemanes de la nave. Sin embargo, el Alto Mando Aliado había exhibido con cautela una sorprendente tranquilidad desde que habían embarcado.

Entonces, pasajeros y tripulación notaron la extraña fuerza que los atrapaba en sus asientos, poco a poco, con lentitud pero con firmeza. Al mirar de reojo por las ventanillas, observaron que la nave se elevaba mientras los chispazos y explosiones continuaban en el exterior. Primero fueron 10 metros sobre el suelo; luego 30, 50, 100. Cuando alcanzaron 150 metros de altura, el aparato se detuvo. Eva agarró con más fuerza que nunca la mano de él, la mano del Füh-

rer, la mano de Hitler. Mostraba tanta intensidad que parecía querer fundirse con el único hombre al que admiraba por encima de ella. Estaba segura de que había llegado el momento. Cerró los ojos, humedecidos por la emoción, creyéndose sabedora de lo que iba a ocurrir. Entonces, la inercia encajó con ímpetu a todos los pasajeros en su asiento y la aeronave circular salió despedida a más de 400 kilómetros por hora en dirección Oeste.

1988

27 de junio

Las calles de Lubango, en la Angola comunista, estaban llenas de mujeres y niños tendidos en el suelo, enfermos, desnutridos, hambrientos, heridos, sin fuerzas para luchar contra la adversidad. La situación social, política y bélica se había hecho insostenible para todos, incluso para los gobiernos extranjeros, que ordenaron la evacuación del personal destinado en el país, tras doce años de enfrentamientos.

Aquel cuadro diario se rompió a media mañana con el silbido de las balas. La muchedumbre se agitó con rapidez a medida que veía acercarse el peligro. Las calles quedaban vacías. Greg corría sin cesar a través de ellas. Oía los gritos desesperados de la gente mientras procuraba zigzaguear de lado a lado de la calzada. Debía alcanzar el helipuerto, donde le esperaba un transporte para sacarlo con urgencia del país. Pero ya no estaba seguro de poder llegar a él. Al rebasar la esquina con la Avenida de la Independencia, agarró su mano derecha a la señal de peatones y cambió su trayectoria noventa grados sin apenas disminuir la intensidad de la huida. Debía subir como fuera al Jeep que, hacía sólo una hora, había solicitado al sector del ejército sublevado que todavía combatía en la capital.

Aquella guerra ya no interesaba a Washington. Los rebeldes de Unita eran incapaces, a pesar del apoyo americano, de enderezar la situación y la CIA tampoco había obtenido la información necesaria para acabar con el Gobierno de Liberación de Angola. EEUU, desde 1975, se había visto envuelto, casi sin planteárselo, en un conflicto local provocado por el proceso de descolonización. Al principio, su inter-

vención se limitó al envío de asesores para instruir a las milicias en conflicto. Sin embargo, todo cambió cuando Cuba decidió enviar tropas y armamento al país. La guerra se descontroló y la barbarie campó a sus anchas por todo el territorio. Con la elección de Reagan como presidente de EEUU, se dio un mayor impulso diplomático y económico a la intervención norteamericana, en detrimento del enfrentamiento armado. Pero Nueva York, antes del acuerdo definitivo, ordenó la evacuación completa del personal agregado en Angola.

Los soldados partidarios del gobierno no dejaban de disparar. Cuando llegaron a la avenida, dos de ellos se detuvieron, apoyaron la rodilla en el suelo, apuntaron al objetivo en movimiento e intentaron abatirlo. Greg se lanzó al suelo haciendo rodar su cuerpo hasta uno de los árboles que adornaba la zona de tránsito peatonal. Al oír estrellarse el último de los disparos contra la corteza de aquél enorme tronco, se incorporó de nuevo y comenzó a correr. En ese momento, tres vehículos militares se unieron a la persecución para tratar de detener a Greg y acabar con su vida. Era un agente de la CIA y debía morir. Ni uno sólo de los secretos del nuevo Estado podía salir del país.

Con la respiración al límite, el americano logró subirse al Jeep que le esperaba junto a la Delegación de Comercio portuguesa. Se sentó jadeando en la parte de atrás mientras el coche arrancaba a gran velocidad. El oficial al mando le informó de la situación. Tenían que llegar al helicóptero en diez minutos, antes de que los aviones MIG-23ML lograsen alcanzar su objetivo en Calueque. Cuando esto se produjera, las unidades militares del Gobierno, tomarían definitivamente las calles y no dejarían salir a ningún extranjero del país. La ciudad se convertiría en una ratonera de la que escapar sería imposible. Coger aquel transporte aéreo era su única salida.

El Jeep derrapaba de un lado a otro de la calle mientras sus perseguidores le seguían a gran velocidad. Atropellaban todo cuanto se interponía en su camino y poco a poco recortaban distancias. Aquel rebelde decidió entonces entregarle una pistola Star de 9 mm, de las que circulaban entre la población nativa de forma clandestina. El joven Greg la cogió con su mano derecha y la introdujo bajo su pantalón, sostenida por la correa. No solía llevar arma reglamentaria para evitar sospechas entre la población. Su adiestramiento la hacía, en la mayor parte de ocasiones, innecesaria. Pero aquel escenario era diferente. Su vida no estaba garantizada y Greg entendió el mensaje del soldado. El arma no era para defenderse. Era una señal de que se aproximaba el final y era mejor que el americano no cayera en manos de sus captores.

Hacía un año que había aterrizado en Angola con el ímpetu de un joven recién licenciado en la Central de Inteligencia. Estaba dispuesto a comerse el mundo y creía con firmeza que primero debía forjarse en los escenarios más difíciles. Así que eligió como destino la ex colonia portuguesa. Debía encontrar un fallo en el sistema de espionaje del Gobierno comunista. Pero EEUU no se tomó tan en serio como él esa guerra, cuyo escenario se antojaba demasiado lejano. Las tropas dirigidas por el general cubano Ochoa, respaldadas por cientos de T-34, habían logrado, meses atrás, capturar Cazombo y, con ella, gran parte de las posibilidades de victoria de los rebeldes. Por mucha energía de que dispusiera aquel joven americano, Angola no iba a dar una alegría a los estadounidenses, al menos en el terreno militar.

El Jeep no lograba despistar a los vehículos del ejército gubernamental a pesar de las diferentes maniobras. El conductor rebelde se desvió por una calle estrecha y obligó a sus perseguidores a circular uno tras otro. Cuando detectó

que todos ellos estaban dentro del callejón, disparó su arma por la ventanilla, al aire. Dos puertas laterales de los edificios enfrentados del callejón se abrieron y sendos camiones de gran tonelaje salieron de su interior para bloquear en paralelo la calzada. Al fin, el todoterreno de Greg parecía que iba a ganar un tiempo precioso con el que dirigirse hacia las afueras de la ciudad. En su huida, aún les dio tiempo a oír el impacto de uno de los vehículos comunistas contra los camiones.

Poco a poco, conforme se alejaban, el ruido de los disparos y los gritos de la gente se fueron apagando. Greg apoyó la espalda y relajó con discreción los brazos. Entonces, su mirada quedó clavada en un grupo de mujeres que se encontraba en el arcén de la carretera. Gemían junto a un cuerpo inerte que estaba tendido en el suelo. No había sangre, ni heridas de bala, ni violencia. Pero yacía sin vida sobre la hierba. Ya había visto esa imagen con anterioridad. Hacía años, voluntarios llegados desde la frontera del Congo se unieron a las fuerzas gubernamentales y cometieron todo tipo de atrocidades, entre ellas la violación masiva de mujeres, contagiándoles con algún tipo de virus mortal. Él vio y vivió cómo esas víctimas se debilitaban poco a poco. Perdían sus fuerzas primero. Después la tez palidecía mientras su cuerpo se dejaba por el camino kilos y kilos de peso. Con esa delgadez extrema, sólo los huesos parecían querer mantenerse firmes entre aquellos restos moribundos. Cientos de llagas cubrían su piel. Los labios reseco escondían una menguada dentadura y sus ojos se hundían con los días tornándose ojerosos, grises, mientras pedían alivio constante con aquellas inolvidables y tristes miradas. Al final, morían sin remedio, sin medicamentos, sin tratamiento, sin ayuda. Los nativos de Lubango llamaban a estas personas Espíritus del Congo, en clara referencia al origen geográfico de la enfermedad.

Greg no podía borrar esas imágenes de su retina. Volvían una y otra vez sobre su cabeza. Tenían tanta fuerza que le hacían olvidar todo lo que le rodeaba. Tuvo que ser el soldado quien lo sacase de aquel bucle infinito. Le llamó, le empujó y, al final, reaccionó, pero sólo cuando el joven militar acertó a estirarle de la medalla con forma de rosa que llevaba colgada al cuello. La mano de Greg fue de forma instintiva a proteger el pequeño colgante, regalo de su padre, del que no se separaba nunca. Entonces se percató de la situación.

En el aeródromo provisional se oían disparos provenientes de varios vehículos militares que se acercaban a gran velocidad. Las fuerzas gubernamentales habían localizado el punto de huida antes de lo esperado. De nuevo su vida pendía de un hilo. Greg llevó la mano izquierda a la pistola que aún tenía en la cintura. Se aseguró de que seguía en su sitio. Oyó una voz que le empujaba con fuerza a correr hacia el helicóptero y decidió obedecer sin cuestionarse nada. Evitó hacerlo en línea recta, además de encoger el cuerpo. Volvió la cabeza y vio como el soldado disparaba sin cesar hacia los comunistas del Frente de Liberación. Tenía apenas unos segundos para llegar al transporte aéreo pero no estaba convencido de lograrlo.

El rotor comenzó a acelerar cuando el americano se encontraba a menos de diez metros. El aparato se elevó unos centímetros y permaneció inestable a la espera de ser alcanzado por el americano. Greg cogió con fuerza el agarre de la puerta lateral. Subió de un salto al helicóptero y volvió el rostro justo en el momento en que una bala atravesaba la cabeza del joven que le había acompañado en el Jeep.

Greg se dejó caer, consternado, sobre el suelo del transporte del ejército americano, mientras éste emprendía el

vuelo con destino al portaaviones ligero que esperaba en aguas internacionales. Nunca volvería a África y nunca olvidaría su estancia en Angola, ni sus mujeres contagiadas por aquel virus que atacaba las defensas corporales hasta la muerte, ni de sus rostros en busca de auxilio, ni del terrible llanto de los niños abandonados.

2001

18 de octubre

Dos hombres con uniforme militar sujetaban por los brazos a aquel científico. No querían que su cuerpo se desmoronase sobre el suelo. Vestía de civil, con las manos esposadas a la espalda. Los moratones inundaban su cara mientras un pequeño reguero de sangre se prolongaba desde la ceja derecha hasta la mejilla. Había soportado casi dos horas de golpes y su cuerpo se encontraba al límite. Pero no buscaban obtener más información de la que ya sabían. Había sido un simple castigo. Un ejemplo que exhibir ante todo aquel que osara fracasar.

Hacía dos años que el prisionero había tomado el mando del proyecto aeronáutico secreto del general Boxiong, uno de los militares más destacados del ala conservadora del Partido Comunista chino. Era un hombre de escasa conversación, cuya mirada bastaba para ser entendido por el resto. De complexión fuerte, alto, mirada profunda y corte de pelo al estilo occidental, su ambición no conocía límites. El general, pasados ya los cincuenta, se había labrado una imagen de dureza y falta de humanidad famosa en todo el Régimen. Sin embargo, no había conseguido influir lo suficiente en el Partido como para convertirse en referente para la población. Para revertir la situación, confiaba en los resultados de la investigación que financiaba en secreto y que, si todo evolucionaba como estaba previsto, no sólo iba a proporcionarle poder, sino también mucho dinero.

Boxiong apoyó sus brazos sobre la mesa, haciendo retroceder la silla en la que estaba sentado. Sin dejar de mirar a aquel maltrecho ingeniero, rodeó su escritorio por la derecha y se acercó hasta él. Lo miró con atención, haciendo